L A T O R R E

REVISTA GENERAL DE LA UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO

ANTONIO MACHADO

(1875-1939)

INTRODUCCIÓN

Por *Federico de ONIS*

PARA iniciar esta colección de estudios escritos como homenaje a Antonio Machado al cumplirse el vigesimoquinto aniversario de su muerte, se ha pensado en la conveniencia de reunir de nuevo los hechos y rasgos esenciales de su personalidad como hombre y como escritor, y tratar de definir la unidad de su valor y originalidad. El que esto escribe tuvo que hacer eso mismo hace más de treinta años en su *Antología de la poesía española e hispanoamericana* (1882-1932) publicada por el Centro de Estudios Históricos en 1934. Esos treinta años significan que nuestro autor, vivo entonces hasta 1939, ha pasado a la posteridad, que es la prueba definitiva que fija el valor de un escritor. Los que hemos vivido la literatura desde fines del siglo XIX hemos visto conviviendo una serie de generaciones distintas: la de los supervivientes del siglo XIX como Campoamor y Núñez de Arce; la de la revolución modernista, que fue llamada después por Azorín la generación del '98, aunque se formó antes de esa fecha y por lo tanto sin relación con el llamado desastre nacional; la de la crisis del modernismo que desde 1915 a 1925 inició diversas

tendencias que reaccionaban contra el modernismo o trataban de llevarlo más allá por sus propios caminos y que se denominaron con los diversos *-ismos* que desde entonces surgieron en el mundo y siguieron surgiendo entre las dos guerras europeas, donde se encuentra la guerra civil española de 1936. Ella trajo la muerte y la inmortalidad de Unamuno, Antonio Machado, Federico García Lorca y Miguel Hernández, poetas de las diversas generaciones que hemos indicado.

La valoración de los autores ha cambiado constantemente a través de su vida y después de su muerte. Hay poetas de esas diversas generaciones y tendencias que fueron muy leídos y famosos y hoy apenas son conocidos, mientras que otros, como los mencionados, han conseguido una consagración española y universal que les ha igualado a los grandes clásicos de valor permanente. Y como veremos, entre los poetas españoles de esta época que se han salvado para la posteridad, se va destacando como el mayor Antonio Machado. Este juicio, que es ahora casi general, lo expresé yo cuando hice el estudio de conjunto comparativo de la poesía moderna de lengua castellana hace más de treinta años. Hay un detalle en aquella antología que no está explicado y no se sabe lo que significa, y es el hecho de que al frente de dicha obra puse una dedicatoria que decía simplemente: *A Antonio Machado.* ¿Qué me movió a destacar su nombre entre todos los demás? Ninguna relación especial que él tuviera conmigo o con mi obra. Otros la tuvieron y muy grande, más que nadie Juan Ramón Jiménez y Enrique Díez-Canedo, que leyeron la obra antes de publicarse. Tampoco fue prueba de amistad. La tuve íntima y constante con muchos de los poetas viejos y jóvenes, entre ellos su hermano Manuel que coincidió conmigo en Madrid desde mi juventud. Antonio estaba en París o en Soria, y apenas tuve ocasión de verle.

En mi dedicatoria había la intención inconfesada de hacer constar mi preferencia personal, mi predilección por su poesía, que es la que sentía más cerca de mí. No intentaba afirmar la superioridad absoluta de Machado sobre todos los poetas de la época, entre los que se cuentan algunos, como él, de los más grandes de la poesía española de todos los tiempos, sino mi predilección personal, nacida de una calidad personal de su poesía, que otros muchos la sienten igual que yo, entre ellos Unamuno, que dijo específicamente en 1919:

"nuestro poeta preferido"; y "los más grandes poetas españoles, entre los que está el para nosotros mayor: Antonio Machado." La calidad peculiar y el valor permanente de su poesía los afirmaba al final del breve estudio que le dediqué diciendo "que lo que distingue a Machado de todos los poetas contemporáneos y al mismo tiempo le une aun con los más dispares, es el que su poesía sea, en mayor grado que la de ningún otro, total e integral. Esto, unido al hecho de su pobreza en elementos perecederos y su limitación a los humanos y eternos, hará que sea sin duda el que, pasada esta época, menos envejecerá."

Esta profecía se ha cumplido. Tratemos de encontrar lo que hay en su vida y su obra que le da esta calidad superior y única. La nota permanente que encontramos en cuanto vivió y escribió es la sencillez. Los hechos que tenemos que anotar son pocos y sencillos, y lo extraordinario en ellos es la identificación entre el hombre y su obra, como si ambos fueran creación original de la naturaleza.

Nació en Sevilla, en 1875, y allí vivió hasta que su familia se trasladó a Madrid en 1883, cuando él tenía ocho años. Por eso él dirá en el retrato que puso al frente de su libro *Campos de Castilla* en 1912, treinta años después:

Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla
y un huerto claro donde madura el limonero

Y mucho más tarde, al fin de sus *Poesías completas*, en 1928, recordará la Sevilla de su infancia:

Esta luz de Sevilla . . . Es el palacio
donde nací, con su rumor de fuente

y evoca a su padre, que había muerto en 1893. Su padre fue don Antonio Machado Alvarez, administrador del duque de Alba en Sevilla, donde vivía "en el célebre Palacio de las Dueñas" que su hijo recuerda. Allí se consagró al estudio del folklore y publicó la *Biblioteca de tradiciones populares* y otras colecciones folklóricas. La poesía popular andaluza vive en el fondo de la poesía de Antonio Machado, que mantuvo siempre el culto al pueblo. Tenía un hermano un año mayor que él y que a su modo también fue gran poeta:

Manuel Machado, en quien lo andaluz y lo popular viven más abiertamente. En Antonio el nuevo ambiente, el de Castilla, con el que se identificó, vino no a destruir sino a depurar el fondo infantil andaluz. Su castellanismo es su juventud:

mi juventud veinte años en tierra de Castilla.

Pero así como su hermano Manuel, que siguió siendo tan sevillano, se hace en Madrid tan madrileño que tenía fama de chulo, el castellanismo de Antonio no es el artificial de la corte sino el de las mesetas y las sierras de Soria y otras partes de Castilla por donde anduvo. En los dos hermanos está también el sentido de la historia de España: en Manuel los personajes históricos vistos a través de la literatura y el arte; en Antonio, la esencia de la España eterna. Castilla no es una región geográfica, es una función histórica que consistió en hacer a España. *Castilla, que hizo a España.* Y Soria es *cabeza de Extremadura*, la frontera que bajó de Castilla la Vieja a Castilla la Nueva, y después a Andalucía que era una Castilla más nueva, y de allí a América, las tierras de allende, que podía llamarse Castilla de allende el mar. Creo, por eso, que el fondo de la Andalucía nativa está quizá más vivo aun en Antonio, por ser hombre solitario y reconcentrado, constantemente replegado sobre sí mismo, de profundas raíces espirituales, en quien el recuerdo es la emoción dominante y que se caracteriza por llevar junto a su aire meditativo y viejo una perenne infantilidad. Lo que ocurre probablemente es que las diferencias que vemos entre Castilla y Andalucía son, como hemos dicho, modalidades de un mismo espíritu; y si, como dije, el sevillanismo de Manuel no fue incompatible con su madrileñismo, a pesar de estar hechos ambos de lo más artificial y superficial de las dos regiones, no debe extrañarnos encontrar en un espíritu profundo como el de Antonio la profunda identidad de lo andaluz y lo castellano. También suele emparejársele con otro poeta contemporáneo, Juan Ramón Jiménez, para presentarlos como los dos mayores poetas de la época, representantes antitéticos de la poesía castellana y andaluza, respectivamente. La verdad es que con todas las diferencias que hay entre ellos y que en muchas cosas les hacen ciertamente antitéticos, es mucho lo que tienen en común nacido de su fondo andaluz, la Andalucía recóndita que descubrió Rodó. Bástenos

saber que Antonio Machado se enlaza con Juan Ramón Jiménez por la melancolía y la delicadeza típicamente andaluzas, como se enlaza con su hermano Manuel por la sobriedad elegante y el sentido de lo popular. Por el contrario su visión del paisaje castellano le enlaza con el vasco Unamuno y el levantino Azorín.

Cuando se trasladó a Madrid en 1883 estudió en la Institución Libre de Enseñanza, que era no sólo una escuela sino un centro de carácter social y político, en muchas cosas semejante a una orden religiosa, en el que un grupo de filósofos y científicos del siglo XIX trató de ensayar la creación de una nueva España. Machado no fue un institucionista militante de los que se distinguían por la creencia en ciertos dogmas y hasta por la manera de vivir y aún de vestir. Pero mantuvo toda su vida el culto por don Francisco Giner de los Ríos, el filósofo y reformador, cuyo ejemplo contribuyó sin duda a desarrollar en él el gusto por la filosofía y el afán por la elevación moral que caracterizan su vida y su obra. Pero la afición a las letras y la filosofía le venían de la tradición de su familia, de su padre que murió en 1893 y su abuelo Antonio Machado Núñez, filósofo y científico, que murió en 1895.

Su vida en Madrid, como siempre después, era muy sencilla. Vivía con la familia y con los amigos a quienes veía en casa y en el café y la calle. En una breve autobiografía que escribió lo dice en dos palabras: "Mis aficiones son pasear y leer". Los hechos que hay que señalar son pocos, pero muy importantes en su vida. Residió en París en 1899 y en 1902. Trabajaba para la casa Garnier y fue vicecónsul de Guatemala. Allí conoció a Rubén Darío y vivió la vida literaria de la gran ciudad. En 1907, reintegrado a España, obtuvo cátedra de lengua francesa en el Instituto de Soria, que profesó durante cinco años. Allí se casó en 1909 con Leonor, joven de dieciséis años, hija de la dueña de la casa de huéspedes donde vivía. Con ella fue a París, donde estudió con Henri Bergson, cuya influencia fue decisiva en su pensamiento. Pero Leonor tuvo un vómito de sangre y volvieron a Soria en el verano de 1911, donde ella murió el 1º de agosto de 1912. Al quedarse solo se traslada al Instituto de Baeza, en Andalucía, y allí enseña seis años, hasta que en 1919 se traslada al Instituto de Segovia, cuya proximidad a Madrid le permite residir parte del año en cada una de las dos ciudades. En Madrid tenía a su madre y hermanos, y colaboró con Manuel escri-

biendo para el teatro. En 1927 fue elegido académico de la Academia Española; pero no llegó a leer su discurso de ingreso que dejó escrito a medias. Por ese tiempo tuvo un amor a una amiga desconocida a quien llamó en sus poesías Guiomar, que no es incompatible con el recuerdo imborrable de Leonor y de Soria.

En 1931, al venir la República, Antonio Machado, que no perteneció nunca a ningún partido político, aunque, como él dice, había en sus venas gotas de sangre jacobina, se puso al lado del nuevo régimen, democrático y popular, pero no ocupó ningún cargo político. Cuando empezó la guerra civil se puso sin vacilar al lado del pueblo y actuó como presidente de la Casa de la Cultura en Valencia, adonde fue evacuado con su familia durante el sitio de Madrid. Tampoco estuvo en ninguno de los partidos de la República, pero con su pluma y su palabra luchó contra el franquismo y sufrió la misma suerte que los demás españoles. Cuando avanzan los ejércitos franquistas, sale con los demás intelectuales y luchadores para Barcelona, de donde por fin son empujados hacia el norte y pasan la frontera francesa. El y su anciana madre tienen que caminar hasta que el 29 de enero, con la ayuda de amigos, llegan al pueblo de Collioure, al sur de Francia, donde muere el 22 de febrero de 1939 y su madre tres días después. Estuvo tranquilo y sereno todo el tiempo, dispuesto a luchar mientras tuviese vida; pero, como dice Tomás Navarro, que fue uno de sus compañeros en Valencia y Barcelona y en el éxodo hacia la frontera, en un momento de depresión le oyó decir: "Yo no debía salir de España. Sería mejor que me quedara a morir en una cuneta".

Desde su juventud escribió poesías que publicó en diversas revistas literarias y que luego reunía en los libros que publicó. La bibliografía que va al fin de este tomo contiene no sólo los libros sino las poesías y artículos que publicó, y da una idea muy clara y completa de su obra literaria. Sólo diremos como resumen que su primer libro *Soledades* que lleva la fecha de 1903, según testimonio del autor fue publicado en 1902 y casi todas sus poesías fueron escritas entre 1898 y 1900. Reaparece este libro con el título *Soledades, galerías y otros poemas* en dos ediciones, de 1907 y 1919, en las que hay supresiones y adiciones. A pesar de estas vacilaciones, en este libro se encuentran ya algunas de las mejores poesías de Antonio

Machado. Estas son las que conocía Rubén Darío, y a las que se refería cuando decía

cantaba en versos profundos
cuyo secreto era de él.

Sus dos obras poéticas posteriores son *Campos de Castilla* (1912) y *Nuevas canciones* (1924). Entretanto empiezan a aparecer sus *Poesías completas*, desde la edición que de ellas hizo la Residencia de Estudiantes, de Madrid, en 1917. Aparecieron otras durante su vida y otras se han hecho después de su muerte. También salió en 1936 su obra en prosa y verso achacada a los personajes de su creación Abel Martín y Juan de Mairena, donde se extiende a exponer el fondo filosófico de su poesía y de su visión del mundo. Se han reunido en libros muchas de las poesías, artículos y discursos que escribió durante la guerra civil hasta su muerte; pero todavía no se ha hecho una edición completa de su obra. Sobre ella se han escrito todos los estudios que se citan al fin en la bibliografía, a los que habría que añadir los contenidos en este tomo. Para ser breve en esta introducción querría limitarme a resumir lo que se ha pensado acerca de la originalidad y el valor permanente de nuestro poeta.

Rubén Darío descubrió antes que nadie el valor único de Antonio Machado y su poesía, cuando le conoció en París y leyó sus *Soledades* (1903). Escribió una poesía que debe reproducirse ante todo homenaje a Antonio Machado.

Misterioso y silencioso
iba una y otra vez.
Su mirada era tan profunda
que apenas se podía ver.
Cuando hablaba tenía un dejo
de timidez y de altivez,
y la luz de sus pensamientos
casi siempre se veía arder.
Era luminoso y profundo
como era hombre de buena fe.
Fuera pastor de mil leones
y de corderos a la vez.

Conduciría tempestades
o traería un panal de miel.
Las maravillas de la vida
y del amor y del placer,
cantaba en versos profundos
cuyo secreto era de él.
Montado en un raro Pegaso,
un día al imposible fue.
Ruego por Antonio a mis dioses,
ellos le salven siempre. Amén.

En el retrato de sí mismo que puso al frente de su libro *Campos de Castilla* (1912) está también expresada la unidad profunda de las contradicciones de su carácter personal y de su creación poética. En él está resumida su vida desde su niñez hasta su muerte, su actitud hacia el hombre y la mujer, su sentido moral y su actitud estética. También debe leerse íntegro antes de entrar en la lectura de los trabajos en que los críticos analizan separadamente los aspectos varios de su vida y su obra.

Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla,
y un huerto claro donde madura el limonero;
mi juventud, veinte años en tierra de Castilla;
mi historia, algunos casos que recordar no quiero.
Ni un seductor Mañara, ni un Bradomín he sido
—ya conocéis mi torpe aliño indumentario—,
mas recibí la flecha que me asignó Cupido,
y amé cuanto ellas pueden tener de hospitalario.
Hay en mis venas gotas de sangre jacobina,
pero mi verso brota de manantial sereno;
y, más que un hombre al uso que sabe su doctrina,
soy, en el buen sentido de la palabra, bueno.
Adoro la hermosura, y en la moderna estética
corté las viejas rosas del huerto de Ronsard;
mas no amo los afeites de la actual cosmética,
ni soy un ave de esas del nuevo gay-trinar.
Desdeño las romanzas de los tenores huecos
y el coro de los grillos que cantan a la luna.

A distinguir me paro las voces de los ecos,
y escucho solamente, entre las voces, una.
¿Soy clásico o romántico? No sé. Dejar quisiera
mi verso, como deja el capitán su espada:
famosa por la mano viril que la blandiera,
no por el docto oficio del forjador preciada.
Converso con el hombre que siempre va conmigo
—quien habla sólo espera hablar a Dios un día—;
mi soliloquio es plática con este buen amigo
que me enseñó el secreto de la filantropía.
Y al cabo, nada os debo; debéisme cuanto he escrito.
A mi trabajo acudo, con mi dinero pago
el traje que me cubre y la mansión que habito,
el pan que me alimenta y el lecho en donde yago.
Y cuando llegue el día del último viaje,
y esté al partir la nave que nunca ha de tornar,
me encontraréis a bordo ligero de equipaje,
casi desnudo, como los hijos de la mar.

Resumiendo, repetiremos que Antonio Machado fue un hombre de vida exterior sencilla y oscura, dado a la meditación y a la filosofía, libre de ambiciones y vanidades, genuinamente bueno y sincero, que llevó una vida interior preñada de luminosidad y turbulencia, donde late la hondura de la emoción y el pensamiento. Como él es su poesía, reflejo y creación de su vida interior, de sus emociones humildes, de sus visiones reconcentradas y sus meditaciones trascendentales: puro lirismo, cuyo supremo valor está en la vibración personal que penetra todo lo que entra en él, los paisajes y los hombres, lo actual y lo histórico, lo anecdótico y lo eterno. Porque en la poesía pura de Machado cabe el mundo objetivo de las realidades y de las ideas: los paisajes concretos de la alta tierra soriana, la visión de la historia dormida en las decrépitas ciudades castellanas y en el alma de sus hombres, la sátira de las realidades nacionales y el ideal político de su regeneración, los problemas filosóficos y religiosos. Estos temas, tan característicos del modernismo —o del '98, como suele decirse en España— le enlazan estrechamente con Unamuno, Azorín y Baroja; por otros aspectos de su emoción y expresión poética se enlaza también con el simbolismo y con Rubén Darío. Ma-

chado no hace esfuerzos por seguir las modas, ni tampoco por rehuirlas; se viste modestamente y sin pretensiones con el traje de su tiempo, seguro de no parecerse a nadie, porque su aire y su tono, la vibración de su espíritu, son originales y dan a todo lo que tocan valor de eternidad. Por eso también su poesía es íntima y anecdótica, como la de Horacio, la de fray Luis de León o la de Leopardi, como toda grande y verdadera poesía que eterniza el momento y la emoción que pasan. Antonio Machado nos hace sentir, muy próximo a nosotros, esa calidad única de la pura poesía intemporal que hace presentes y hermanos a los pocos grandes poetas de todos los tiempos. Pobre, limitado y monótono como una cumbre, se descubren a través de su transparencia serena misteriosas lejanías y profundidades. Esta claridad serena y precisa ha hecho que se le mire como un escritor de tendencia clásica; pero bajo ella corren turbias aguas románticas. No es hombre de escuela; ni sigue ni crea ninguna particular; más bien parece que su poesía refleja lo esencial de todas. Su sencilla desnudez y su austero sintetismo contienen una rica complejidad de elementos y cualidades poéticas, todos identificados entre sí y en el alma que los expresa. Claridad y misterio, gravedad e ironía, pensamiento y emoción, y tantas otras cosas que parcialmente dan valor a los poetas que las poseen solas, las hallamos juntas en cada uno de los momentos de la poesía densa y límpida de Machado, encerradas en una expresión sobria y certera. A menudo se le elogia por una cualquiera de estas cualidades, como cuando se dice que es el poeta de Castilla, o un poeta de ideas, o un poeta religioso, o un poeta civil, acercándole a otros poetas que poseen este carácter parcial o contraponiéndole a los que carecen de él. La verdad es, como dijimos al principio, que lo que distingue a Machado de todos los poetas contemporáneos y al mismo tiempo le une aún con los más dispares, es el que su poesía sea, en mayor grado que la de ningún otro, total e integral, cobrando en ella supremo valor cada uno de los elementos que la forman, gracias a la presencia constante de todos los demás.